

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

## EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 04 de Enero de 2008

### LA BARCA DE CARONTE.

### CUARTO CAPÍTULO. LA CAFETERÍA QUE NO EXISTÍA.

Javier prepara como todos los domingos de madrugada, su equipo de caza. Se ha puesto su ropa de camuflaje. Ha metido su escopeta y su munición en el maletero. También se dispone a ir a su solar, donde tiene a su fiel galgo, bastante bueno a la hora de recoger las diferentes piezas que acierta a abatir. Ha montado a Búster, su perro, junto a él, en el asiento del copiloto. Son, aproximadamente, las seis de la madrugada. Todavía es de noche, pero ya comienzan a intuirse las primeras luces del alba. Hoy, Javier quiere llegar el primero al coto de caza. Para ello toma un camino que nunca ha utilizado para llegar al coto. A Javier le hace mella el sueño y piensa que hubiera sido mejor haberse pasado por el pueblo a tomarse un café.

Sin embargo, a un lado del camino, a su izquierda, aparece una especie de casa. Él recuerda que por allí no había nada. “Deben haberlo hecho hace poco” –pensó. En la entrada, sobre una enorme puerta negra de metal aparecía un sobrio letrero: “Cafetería Omega4”. No había nada ni nadie en aquel desolado paraje. Solo esto. Esta cafetería que nunca antes había estado allí. Su aspecto exterior no respondía al que normalmente tiene cualquier edificio común. Era circular, parecido a una plaza de toros, pero de pequeño tamaño. Tenía una pequeña escalera en la entrada, pues parecía levantarse varios metros sobre el suelo. No obstante paró. No reparó en que aquello no era realmente lo que parecía. Cuando quiso bajar del coche a Búster, éste se le resistía con todas sus fuerzas. Nunca se le había encarado de esa forma. Búster no quería salir del coche. A punto estuvo de darle un bocado en la mano a Javier. Finalmente tuvo que desistir.

Javier abrió la puerta y ¡no había nadie!. Aquél ambiente desolado le llamó la atención, pero sin embargo Javier quería tomar su café. Al poco tiempo de estar sentado en un taburete junto a la barra, salió lo que pretendía ser un camarero. Javier pidió un café bien cargado. Conforme la cafeína despertaba a Javier, éste podía comprobar en qué sitio se había metido. No era un bar corriente. Por el olor más bien parecía una sala de operaciones, un quirófano. No tenía ese característico hedor de una cafetería. El techo estaba iluminado con potentes focos. No había ni billar, ni máquinas de juego, nada. No había más que dos o tres mesas. Pero había grandes vacíos. Como si fuera una pista de baile. No había tele. Había un enorme espejo que cubría toda la pared, en redondo. Uno se podía sentir observado en todo momento. Y la música estaba a tal volumen, que era casi imperceptible al oído.

Javier comenzó a fijarse entonces en aquél hombre que le sirvió el café. La palidez de su cara no era normal. Era como si este hombre estuviera enfermo del hígado. Su tez tenía un color muy amarillo. Sus facciones causaban bastante impresión. Su cara carecía de carrillos. Sus pómulos sobresalían de forma anormal. Y no tenía mentón. Cuando se fijó en los ojos pudo por fin darse cuenta de que aquello no era normal. No era un camarero. No era humano. Los ojos no tenían córneas ni pupilas ni iris. Era un todo negro. Una almendra negra. Y parpadeaba no en dirección arriba-abajo como los humanos, sino de izquierda a derecha. Éste detalle lo soliviantó bastante. Pensó en la posibilidad de que lo que estuviera bebiendo no fuera café precisamente. Luego se fijó en su cabello. El cabello tenía un color plateado. Aquello nunca lo había visto. Quiso pagar al instante y marcharse de allí lo antes posible. Cuando el camarero extendió su brazo, definitivamente se convenció de que se había equivocado al parar a tomar un café allí. Tenía una especie de traje de neopreno, como los que usan los nadadores, de color gris. En las manos, unos guantes negros parecían cubrir unos dedos bastante largos que, a juzgar por la forma que tenía el guante, parecían acabar en una finísima punta. En cuanto a la nariz, ésta no existía como tal, tenía los orificios nasales pegados a la cara. Y la boca era muy reducida. Aquello no era humano. Javier lo sabía. Estaba totalmente vencido por el terror. Cuando extendió el billete sobre la barra, y pudo comprobar tan horrible imagen, le temblaban las piernas, hasta el punto de que a punto estuvo de darse de bruces contra el suelo. O lo que aquello fuera. Después, el ser que le atendió lo agarró del brazo derecho. Javier tiró de su brazo para sí y salió corriendo de aquello. Abrió el maletero y sacó su escopeta. Metió los cartuchos. Ahí vio a aquellos seres (porque salieron varios en su busca) de arriba abajo. Sus piernas tenían unas proporciones bastante más grandes que las humanas. Javier disparó los dos cartuchos contra los seres. Pero no les hizo ni un rasguño. Se abalanzaron sobre él. Ya no tuvo consciencia de nada más. Posiblemente en ese momento en el que se abalanzaron perdió la consciencia.

Cuando recobró la consciencia, tenía una gran resaca. O al menos eso parecía. Estaba dentro de su coche, con Búster. Era bastante tarde: las once de la mañana. Decidió ir al coto, aunque solo fuera para ver la suerte de sus compañeros. Por el camino iba recordando una a una las imágenes que había presenciado. A cada cual más incomprensible. No sabía todavía si lo que había vivido era verdad, o se había quedado dormido en el coche. Pero en un golpe de vista descubrió algo. En su mano derecha había una cicatriz que él no tenía antes. Era una cicatriz con forma de V. Paró en seco y la contempló. Cuando se pasó el dedo sobre ella pudo comprobar que algo circular había debajo de su piel. Esto lo dejó sin sangre en la venas. Pero cuando miró a Búster impresionado, pudo percatarse que al perro también le habían “operado”. Tenía bajo su cuello una enorme cicatriz en forma de Z.

Inmediatamente dio parte a la Guardia Civil sobre lo sucedido. Lo que pasa es que, cuando acompañado por la Guardia Civil, fue el lugar donde recordaba haberse tomado el café, allí ya no había nada. La Guardia Civil no pudo cursar el parte, puesto que no había pruebas de lo que decía. ¿Pero de verdad que no las había?

Javier prefirió mantener esto en estricto secreto. No quería ser el hazmerreír de sus amigos. Porque el ser humano enseguida monta guasa como mecanismo de defensa ante lo desconocido. Seguro que a Javier no le hacía gracia aquello que vivió. Pero pidió que le hicieran unas radiografías. Efectivamente, en su mano derecha había alojado una especie de esfera. Lo que sucede es que los médicos decidieron no operarle para quitársela por lo complicado de dicha operación. Se arriesgaba a romperse tendones que le impedirían volver a mover los dedos de la mano. Además, no sentía molestia ni dolor. Pero sí sentía curiosidad y cierto reparo. ¿Qué era realmente aquél bar donde tomó café? ¿Qué era aquél ser que le cogió del brazo? ¿Por qué apareció después de varias horas dentro de su coche? ¿Qué era lo que realmente tenía alojado en su mano?

Todavía hoy se lo sigue preguntando Javier. Pero se ha acostumbrado a vivir con ello. No sabe quién le puso eso ahí, ni para qué. Pero lo cierto es que lo tiene. Algún día, espera encontrar una explicación. Pero encontrar explicación a algo que no la tiene siempre resulta complicado. Por cierto, Búster nunca más pudo ladrar. Le habían arrancado las cuerdas vocales. Lo que Javier nunca sabrá es quién se las quitó.